

Los hombres fuertes de Hispanoamérica

LA América de habla española no ha conocido, salvo algunos venturosos momentos, la estabilidad política. El caciquismo, la ignorancia, la atroz miseria de los nativos y los encastillamientos feudales de unas reducidas minorías han sido el caldo de cultivo en el que han fermentado prodigiosamente las revoluciones, las algaradas sangrientas y las injusticias. Todo ello lo podemos tener al alcance de nuestra vista con sólo reparar el mapa económico del continente. Los pueblos hispanoamericanos se han visto sometidos a la peor forma de colonización: la colonización económica. Las poderosas compañías norteamericanas, los vecinos de habla sajona, impusieron a estos pueblos su dictadura, contando con la complicidad de media docena de privilegiados en cada país, a quienes repartían las migajas de sus fantásticos beneficios, logrados siempre mediante la explotación, la violencia y el engaño.

No queremos en este artículo presentar el perfil desolador de una forma de vida que cuatro rasgos económicos podrían describir mejor que nuestras palabras. Vamos a presentar muy esquemáticamente algunas facetas de uno de esos «hombres fuertes» hoy día caído en desgracia que representa muy bien a quienes, antes y después, han sometido a comunidades enteras a sus caprichos personales, han consentido y fomentado la corrupción administrativa y moral y han logrado por el terror ganarse una siniestra celebridad.

Nos referimos al ex-dictador de Venezuela, Marcos Pérez Jiménez. Su biografía, «de mandón de sable corto», como dijo un poeta, es la repetición de otras vidas paralelas. Como tantos otros, Pérez Jiménez, el «hombre fuerte» de Venezuela hace unos pocos años, dictó arbitrariamente las leyes, expolió a su pueblo y, tras las pomposas palabras de cultura, civilización cristiana, etcétera, consintió que fueran pisoteadas los más elementales derechos del hombre.

Pérez Jiménez comenzó conspirando. Juntamente con otros dos oficiales de alta graduación del Ejército venezolano instauró

en 1948 un régimen de fuerza, destronando al Presidente Rómulo Gallegos, el conocido novelista, que representaba democráticamente la voluntad de las mayorías. «Tenemos que dignificar el país», dijo P. J. para justificar su levantamiento. Acto seguido comenzó la represión; algunos de los principales colaboradores del nuevo amo desaparecieron misteriosamente, otros optaron por oscurecerse y expandirse, hasta que a la postre Pérez Jiménez quedó como dueño y señor de una situación que iba a modelar a su antojo. Una de sus primeras misiones fue la de crear una policía ejemplar, espléndidamente pagada, y que la oficialidad disfrutaba de sueldos fabulosos; un capitán percibía alrededor de 180.000 pesetas al año y un coronel el doble.

El aparato represivo fue escandalosamente brutal. Algunas torturas empleadas empañaban las de los nazis en la Europa dominada. Una de las grandes equivocaciones de su régimen fue la de intentar dar validez democrática a su mandato. Las urnas dijeron la verdad. Y ésta era, que una mayoría aplastante (10 votos por 1) estaban contra su Gobierno. Pero la cosa no era tan grave; se dio la vuelta a las elecciones y asunto concluido.

Como todos los tiranos tenía propensiones de grandeza. Algunos de los grandes centros urbanos de Caracas fue obra personal suya; invitó enormes sumas en autopistas y supo crear una atmósfera cosmopolita de refinamiento en los enclaves urbanos más importantes que contrastaban dramáticamente con la miseria y el atraso de los más necesitados sectores de la nación.

Cuando fué depuesto, se ins-

taló cómodamente en Miami, donde adquirió una lujosa villa valorada en unos cuantos millones de pesetas, hasta que llegó la extradición «por enriquecimiento indevido».

Estos apuntes biográficos nos muestran al desnudo una de tantas personalidades que han contribuido a la historia de América. Hombres aparentemente melifluos, como el redondeado Pérez Jiménez, de suaves modos, de declaraciones modélicas. «Algunos —declara el dictador— llaman a mi Gobierno dictatorial, pero mi país no está preparado para la clase de democracia que lleva consigo abusos de libertad».

Los «hombres fuertes» de América pretenden siempre torcer el curso natural de la historia. Incluso, a veces, han contado con la benevolencia de los fuertes vecinos del norte. Hace unos cincuenta años el Presidente Theodore Roosevelt amenazaba con la política del «big stick», es decir, del palo sobre las costillas a aquellos gobernantes y a aquellos pueblos que osaban discutir las condiciones colonialistas de las todopoderosas compañías comerciales yanquis. Y entonces, como ahora, grandes terratenientes sometían a condiciones parecidas a la esclavitud a las famélicas masas, explotaban las riquezas naturales en beneficio de extranjeros, obligando prácticamente a formas agrícolas de monocultivo que en definitiva son la manera más típica de explotación, crean leyes inicuas y ponen en el poder a uno de los suyos. Como medida precavida exportan sus capitales, situando prudentemente parte de sus ahorros en Bancos de Europa y América del Norte, hasta el extremo de que la cifra de capitales evadidos en



Hispanoamérica se remonta sobre los 50.000 millones de dólares, cantidad más que suficiente para promover todo un gran programa que lleve un relativo bienestar a la mayoría de los nativos.

Esta es la amarga realidad de unos hechos que nadie puede oscurecer. «Los hombres fuertes» representan, quizá con buena intención en algunos casos, un capítulo vergonzante en la vida de estas nacionalidades. Que nadie se extrañe, pues, de extremismos, del auge de las tesis castristas y de ideas igualitarias. Al extremo a que han llegado muchos núcleos nacionales

no se les puede argüir con sofisticadas razones, por mucho ropaje moral, ético y religioso con que gusten de disfrazarse.

Frente a la vida inhumana de sectores, como algunos reducidos indios, se alza el hastio repleto de los «patronitos» que disimulan su aburrimiento en la mesa de juego de algunas de las Costas Azules del mundo. Si un día aquellos se cansan y azuzados por algún político echan de sus tierras al señor y propietario no creamos lo hagan por un sentido de revancha ni por demagogicos impulsos venidos de fuera, como algunos no tardarían en dar a entender.

MIGUEL ANGEL PASTOR

La Bastilla africana

EL 5 de julio último, los Sindicatos del Congo ex-francés, agrupados en el «Comité nacional de fusión Sindical», decidieron de manera casi desesperada luchar contra el régimen del abate Yo-

lou que se había endurecido extraordinariamente en los últimos meses. Seis semanas después de esa decisión cayó el mencionado abate y le han sucedido en el Gobierno los nuevos hombres de las primeras generaciones universitarias africanas. Pero la caída del régimen del Congo ex-francés ha sido comparada en importancia por los observadores a la caída de la Bastilla en Francia, durante la Revolución francesa: significa, entonces, el pronuncio de una nueva época para el joven continente. Examinemos, pues, los hechos y los problemas, siquiera de manera sumaria.

El Congo ex-francés es uno de los países más pobres de África. Con una población de 800.000 personas sus únicos recursos económicos se cifran en los bosques que cosea. El presupuesto nacional

mente el preocuparse de los problemas diarios. De una manera general el régimen se contentaba con realizar pueras y astucias de corto alcance. Se ofrecía, por ejemplo, a los obreros parados de Brazzaville algunos días de trabajo, seguidos de un despido graduado, con ocasión de elecciones o conferencias internacionales. O aún más, el Gobierno hacía instalar un aparato de televisión en circunstancias de una fiesta nacional con la esperanza de que «los malabares» de la pequeña pantalla hicieran olvidar la vida diaria y sus miserias.

Naturalmente la libertad política no se conocía en el país. El abate Youlou, cuyo apellido significaba el firmamento o cielo, era el único jefe indiscutible e infalible desde el 21 de noviembre de 1959. Seguía vistiendo, sin

y apuntó en la dirección de los diputados responsables, que, naturalmente, retiraron la moción y a quienes el abate agradeció en seguida su atención con una sonrisa.

El abate rodeado de viejos miembros del Gobierno de Vichy, de la Gestapo francesa, de la O. A. S. y de partidarios del señor Tchombe era víctima de un terror pánico hacia toda transformación social y esos señores le fabricaron un magnífico complot «marxista» hace unos años que endureció al régimen y fué el principio del fin. Fin que llegó el 14 de agosto último cuando el pueblo congolés asaltó la prisión del Estado de Brazzaville, la Bastilla del Congo, mientras el Presidente y sus consejeros se disponían a montar un régimen de partido único de inspiración musulmana.

Los jóvenes universitarios demócratas por una parte y las masas hambrientas por otra son los que han accedido ahora al Poder. El Congo ex-francés parece decidido a no renunciar a la democracia ni a las precisas medidas socializantes. Es de esperar también que esos hombres nuevos actúen con mesura y responsabilidad escrupulosa con los políticos caídos y no den ningún pretexto de intervención extranjera por causa de perturbación del orden y «anarquía negra».

Ha concluido, pues, un sistema «anción regime» con esta toma de la prisión de Brazzaville y se ha inaugurado la época nueva de la voluntad decidida de los pueblos africanos de tomar parte en su propia administración. Este es al menos el deseo y la interpretación que todos los que aman a África y confían en su futuro quieren que se haga realidad en ese futuro.

J. J. L.



LA HIPOCRESIA SOCIAL

TODA sociedad tiene, como todo individuo, una conciencia a la que se esfuerza en hacer callar y cuya voz trata de relegar a los rincones más apartados desde los cuales no puede alcanzarse. Pero cualquier día, en cualquier momento, nos sorprenda un hecho, una lectura que nos alumbrará por dentro, a pesar nuestro, y oímos el clamor de la conciencia. ¿Qué ocurre entonces? Escuchar la conciencia, reconocerla, obliga a tomar partido, a obrar en consecuencia o bien despreciarla. Pero este último sería cinismo y nuestra sociedad no tiene el valor de llegar al cinismo. Preferimos no darnos por aludidos o, en todo caso, justificarnos. Todo un sistema defensivo funciona automáticamente. Hemos de decir que este sistema es tanto más perfecto cuantos más años le tiene. Habría que pensar si la experiencia, muchas veces, no es un preparación para la hipocresía. Hace poco hemos podido comprobar, con la puesta en escena de la obra de Miller «Todos eran mis hijos», el perfecto funcionamiento de este aparato defensivo que es la hipocresía. Podría haber escogido cualquier otro acontecimiento.

Fuimos una tarde al teatro y Miller nos sorprendió como una tromba, directo, acertándonos de lleno en nuestra muy especialísima

ética y en nuestra inercia mental.

Miller era la conciencia que nos llegaba desde lo más recóndito. Allí estaba, sobre el escenario, nuestra vieja sociedad, encarnada en el industrial americano, ocultando el crimen, justificando lo injustificable y tembloroso ante el hijo ávido de verdad, honrado e idealista: nuestra conciencia acosándonos. El crimen del viejo industrial es, en la obra teatral, la venta de una partida de piezas de avión, defectuosas, que ha costado la vida de muchos pilotos. Las razones con las que intenta justificarse el industrial son, la propia seguridad económica, la estabilidad familiar, el porvenir de los hijos. Triste herencia para quien tiene un sentido ético distinto, para quien posee una justa valoración de los bienes materiales.

El descubrimiento de la verdad es quizás la característica esencial de la tragedia. En la tragedia todo ha de quedar claro. A medida que la verdad se aproximaba el desenlace trágico se preveía como inevitable. Cuando la tragedia estaba consumada comenzó nuestra hipocresía: Aplaudimos. En la tragedia todo debe quedar perfectamente claro. Así debería ser en nosotros y entonces se consumaría la tragedia en cada uno de nosotros. Aplaudimos. El telón se levanta varias veces. Gran obra la de

Miller, nos repetíamos. Gran trágico este Miller. Aplaudimos fervorosamente.

Y con la brisa, ya fresca, de la noche me llegaron aquellos versos de C. Vallejo: si robamos, ¿cómo aplaudir luego en el teatro? Los aplausos comenzaron a sonarme a hipocresía. Porque, ¿es posible aplaudir una obra que denuncia nuestros crímenes sociales, nuestro colaboracionismo, el perdido sentido de la responsabilidad? ¿Cómo aplaudir si no vamos a cambiar de actitud? ¿Cómo es posible si nuestros aplausos están en contradicción con nuestros hechos?

El autor nos golpea y aplaudimos. Hipocresía perfecta. No sabemos, al final, si tiene más maestría el autor, golpeando, o el público encajando los golpes. Ya en la calle somos otra vez los dueños.

También habría que pensar que el público no ha querido darse por aludido. Es una de las muchas formas de escaparse de la conciencia, en este caso, de escapar del clamor del autor. Nos tranquilizamos diciendo: «la obra ataca una concreta sociedad norteamericana, la obra se refiere a unos concretos grandes industriales, en tiempos de la segunda guerra mundial». Nos sujetamos al argumento, reducimos la obra a lo anecdótico. No queremos entender que los ataques a la eficacia moral del viejo industrial norteamericano al lograr dinero, rango social, prestigio profesional, estabilidad familiar es nuestra misma manera de actuar. Incluso llamamos poco inteligente al que no ha logrado ser eficaz.

Podemos tener una profesión liberal, podemos ser funcionarios y podemos estar encarnados en el viejo industrial americano. Sería tonto querer reducir la obra a quienes manejan los medios de producción. En la obra se ataca al sistema y nosotros estamos implicados en el mismo sistema. Aceptamos este sistema, le defendemos. Aceptamos las mismas formas de vida, las consideramos apetecibles, luchamos por poseerlas. Si no participamos de ellas en la misma proporción esto no nos salva. Simplemente hemos sido menos eficaces.

Hay otras formas de escaparse. Tiene aún más resortes nuestro mecanismo de defensa. Uno de ellos es «se «sabio realismo» teñido de cierto pesimismo, muy eficaz también para resolver los problemas de tipo moral. Por ejemplo, decimos: «Es bonito moralizar en el escenario, pero en la vida es otra cosa. La vida no nos da ocasión a elegir, se nos impone, la vida manda. ¿Que otra cosa se puede hacer? Naturalmente, sería hermoso que las cosas no fuesen así, que no hubiese que pisar al vecino para subir uno, que no hubiese que luchar. El escenario es el escenario y la vida es la vida. Hay unas leyes, hay un sistema».

Y el realismo nos devuelve ya tranquilizados al sistema «odioso». El sistema es el sistema. No cabe elección: ¿Se valora el oro? Pues al oro. ¿A quien se estima? ¿Al que posee o al que ama? Los caminos nos vienen marcados. Toda otra cosa es idealismo inoperante. Es preciso seguir los caminos a cierra-ojos, a cierra-conciencia.

Estos son algunos de los resortes de la hipocresía.

Los precisos para no enterarnos de la miseria espiritual que nos cubre. Maestros en la hipocresía, nos encubrimos en la elegancia de vida, en la religión o en la astrología, en la tradición o en la familia. Nuestra boca está llena de hermosas palabras sobre el destino espiritual del hombre, pero el corazón está enquistado en la materia. Amenaza a uno de esos hombres que conciben al hombre y a la historia desde un idealismo filosófico y ponen en peligro sus privilegios materiales o su fortuna mal adquirida, sus rentas ilícitas, y le veréis lanzado a la lucha más inhumana, más eficaz y pragmática. Pero, aun entonces, no dejará su hipocresía, levantará una bandera para que haga bonito sobre su tumba si muere o para justificarse si sobrevive. Dice Mauriac: «Los hombres de edad que saben de qué se trata y que desde hace tiempo lucharon con el destino, son los que simulan no ver la sangre con que están cubiertos».

CESAR ALONSO DE LOS RIOS



EL CABALLO DE TROYA

venía, desde la independencia, sufriendo de continuos déficits. El país carece de cuadros intelectuales y administrativos y si la enseñanza primaria tiene una cierta extensión, ello se ha debido únicamente a la labor de los misioneros. En la capital, Brazzaville, vive una octava parte de la población total y, cada día, se ve invadida por un mayor número de campesinos en busca de trabajo. Toda esta situación exige, desde luego, una constante apelación a las viejas naciones colonizadoras y por ello la situación de independencia del país bajo el régimen del abate Youlou ha sido solamente nominal.

Se rodeó de un grupo de hombres de extrema pobreza intelectual que ni siquiera rebasaban los conocimientos de los primeros años escolares y de extrema avaricia por el dinero y el confort. Cobraban salarios desorbitantes y mantenían un tren de vida verdaderamente insultante para las masas hambrientas del país que el mismo día de la revolución se han apresurado a destruir coches, palacios y parques de recreo de los ministros y a perseguir a sus harenes. Un observador de los hechos como Adrien Val ha comentado a este propósito: «El descontento popular era tanto mayor cuanto que soñando en gigantescas empresas más o menos utópicas como la construcción de la presa sobre el Kouilou, el señor Youlou y su equipo descuidaban total-

permiso para ello, las ropas sacerdotales de color blanco o morado, pero estaba suspendido «a divinis», una de las más graves censuras canónicas con que puede ser sancionado un sacerdote católico y ello por su participación en la política a pesar de la prohibición de la Jerarquía del país, y se dice que tras los pliegos de su sotana ocultaba una pistola. En todo caso lo que es cierto es que un día en que la oposición había propuesto en el Parlamento un voto de censura, el abate Youlou sacó un revólver de su blanca sotana

No las tire... ¡En cada cajita medio premio!

